

Mientras la Caleta so-
plena de blancor y de g
diterráneo, laxo y sens
de al sol en la arena,
espasmos, enseñando el
«combinaison».

Como le han dicho tan
Mediterráneo que es el
el mar civilizado; que ya
ello, y tal vez por eso
triángulos de vela. En
te, la bruma imita la co
y entonces el mar parec
anchó del mundo.

Este mar es sencillo
no es tan de apoteosis
vista como el Cantábric
al conjuro de una orden
Marquet las olas se en
tan, se rompen en bab
tico y toman todas las
cesarias a una colección
El Mediterráneo canta
internacional suavemente
lava (el jabón queda en

—:—
Salen las barcas a la
dejan caer la red, el copo
Y luego regresan alargan
Cuando ya están en la
de ella dando fuertes
sonido, los chanquetes
precipitan en la red, y
grandes sueltan sus aban
dos por una ración de
unidos por la cola, y d
los coja también el copo

(¡Qué descos tenemos
día aparece entre las
colección de cangrejos d
lorados además, para a
ellos a les del sentido co

—:—
Aquí en Málaga, es
se admira a Picasso, es

do su sonería cada media hora du-
rante cinco veces. Todo inútil.

Entonces compró un despertador
chiquito de esos que repiquetean la
hora con un ruido sordo, pero anti-
soñarrón, y todas las noches al acos-
tarse se lo tragaba puesto en la ho-
ra en que deseaba despertarse, lo-
grando de esa manera oír a tiempo
la llamada.

El secreto histórico—

«La historia ha callado cosas tras-
cendentales o las ha transformado en
lo que se llaman risueñamente «ver-
dades históricas».

Sólo, gracias a pesquisas particu-
lares, se puede llegar a la sospecha
de muchas cosas verídicas disloca-
das de la historia por los amaño-
res o muñidores.

Debido a ese detectivismo priva-
do de la historia, se acaba de descu-
brir que el rey Abdón no murió de

muerte natural, sino que lo mató la
reina de un botellazo.

El bastón acuático—

Mucha gente cavila en invencio-
nes. Toda invención es necesaria y
despeja la vida. En toda invención
se eleva sobre sus derrotas el orgu-
llo humano.

Aquel hombrecito estaba empeña-
do en crear un bastón que no se
quebrase dentro del agua, como les
sucede a todos los bastones cuya dos
mitades forman un ángulo recto en
el fondo de los estanques.

El sabía que sólo se podía hacer
ese bastón con la dorsal de la ser-
piente de mar, que brota todos los
veranos en las playas alarmistas.
Empezó y consiguió por fin apañar
una, consiguiendo construir el bastón
acuático; es decir, el bastón que mo-
tido en una balsa de agua limpie-
sima no aparecía quebrado en ángulo
recto como los otros bastones.

EL BUEN SAMARITANO

Por CLAVDE MARSEY

Nunca se le había hecho tan lar-
ga la noche al pobre viejo Black-
well. Y, sin embargo, cada vez que
iba, en uno de los barrios extremos
de Chicago, a aquella honrada far-
macia, donde por algún dinero se
procuraba una toda clase de bebidas
prohibidas; cada vez que en aquel
sótano misterioso bebía whisky tras
whisky, a Blackwell le parecía que
la aurora venía demasiado pronto a
interrumpir su embriaguez. Pero
aquella noche, el viejo Blackwell no
estaba como de costumbre. Estaba
dos veces borracho, cosa que suele
ocurrir aún a la gente más distin-
guida, y le había ocurrido la horrible
aventura.

Con paso vacilante, tropezando a
cada paso, intentaba orientarse en la
negrura de la noche para encontrar
el camino de su casa. De pronto, de
una casa en construcción surgieron
dos sombras; los cañones de dos
browings, amenazadores, rozaron las
sienes de Blackwell, y unas manos ex-
pertas se apoderaron de cuanto dine-
ro y objetos llevaba en los bolsillos.
No contentos los ladrones con el des-
valijamiento, lo ataron a una empa-
lizada, y desde hacía una, dos, tres
horas, más acaso, Blackwell aguarda-
ba la mañana que había de traerle
la libertad.

¿Podría socorro? Otros hubieran
podido hacerlo: pero Blackwell, de-

bido a la emoción
whisky, se había qu
mente afónico. Era e
nos voz de Estados

Había que resign
sase el primer trans
era larga, eterna, y
buen samaritano, ta

Al fin, la luz de la
desvanecer las sombr
pronto surgió una s
có. Era un hombre
que se aproximaba a

Cuando estuvo junt
se detuvo sorprendido

—¿Qué hace usted

—El cielo lo envi
dijo Blackwell con s
Al salir esta noche
sido asaltado, y los la
desvalijado y se han
que llevaba.

¿Todo?

—Sí... menos diez
vo escondidos en la b
brero.

—¿Y cómo no ha p
corro?

—Porque no puedo;
do sin voz.

—Entonces, ¿no pu
tar?

—Ya lo ve usted.
voz que ésta — siguió
su voz apagada.

El buen samaritano
direcciones. No había
có al robado y le dijo:

—Entonces puedo tom
dólares.

Y uniendo la acción
los quitó.